

Con ocasión de la capitalidad cultural de Lisboa, *Ronda Iberia* publica este relato de José Cardoso Pires, un sentido homenaje a Fernando Pessoa. Lo ha ilustrado Pedro Proença.

To mark Lisbon's designation as European Cultural Capital, *Ronda Iberia* is publishing this short story by José Cardoso Pires, a heartfelt tribute to Fernando Pessoa. It has been illustrated by Pedro Proença.

Abril 1994

# LISBOA REVISITADA

## LISBON REVISITED



**José Cardoso Pires**  
Nació en Peso, Castelo Branco (Portugal), en 1925. Entre 1970 y 1973 ejerce como profesor de literatura portuguesa en el King's College de la Universidad de Londres. En 1961 publica su primera novela, *Anjo Ancorado*. Dos años después, su obra *O Hospede de Job* es galardonada con el premio Camilo Castelo Branco y posteriormente aparecen *O Delfin* (1968), *Balada da praia dos caes* (1982) y *Alexandra Alpha* (1987), Premio Especial de la Crítica Brasileña. Autor también de teatro y de libros de memorias, ha recibido, entre otros, el Premio Internacional Unión Latina en 1991.

Cardoso Pires was born in Peso, Castelo Branco (Portugal) in 1925. Between 1970 and 1973, he was professor of Portuguese Literature at King's College, London University. In 1961 he published his first novel, *Anjo Ancorado*. Two years later his work *O Hospede de Job* won the Camilo Castelo Branco Prize. It was followed by *O Delfin* (1968), *Balada da praia dos caes* (1982) and *Alexandra Alpha* (1987), which won the Brazilian Critics' Special Prize. He also wrote theatre pieces and memoirs; his work won among others, the Unión Latina International Prize in 1991.

**Pedro Proença**  
Nació en Lubango, Angola, en 1962. Estudió en la Sociedad Nacional de Bellas Artes y en la Escuela de Bellas Artes de Lisboa, donde se licenció en 1986. Comienza a exponer en 1984 con dos muestras individuales —*Pinturas*, en la Casa de Bocage de Setúbal, y *Trabalhos sobre papel*, en la Galería Cómicos de Lisboa— y tres colectivas. Posteriormente, su obra ha recorrido diversos países en muestras como *Works on Paper*, Frith Street Gallery, Londres 1989; Bienal de Venecia de 1988 o *Ultima Frontera— 7 artistas portugueses*, en Barcelona en 1990. En la actualidad reside en Lisboa.

Pedro Proença was born in Lubango, Angola, in 1962. He studied at the National Society of Fine Arts and the School of Fine Arts in Lisbon, graduating in 1986. His first one-man shows came in 1984 —*Pinturas*, in the Casa de Bocage in Setúbal, and *Trabalhos sobre papel*, at the Galería Cómicos in Lisbon— along with three group shows. His work has since travelled to other countries in shows like *Works on Paper* at the Frith Street Gallery, London 1989; the Venice Biennale in 1988, and in *Last Frontier: Seven Portuguese Artists*, Barcelona 1990. He currently lives in Lisbon.

Nunca lo conocí, a no ser por sus versos, pero podría jurar que el caballero de gabardina y gafas tristes que acaba de salir del aeropuerto de Lisboa es el poeta Alvaro de Campos, con quien Fernando Pessoa se disfrazó en vida. A primera vista son iguales, el mismo sombrero de cinta ancha, la misma gabardina, el mismo bigote corto, en fin, la misma figura que pintores e ilustradores de periódicos no se cansan de repetir desde que se ha hecho universal en las letras contemporáneas.

Pero ese Pessoa ha dejado el mundo hace ya unas decenas de años, y el que atraviesa ahora el vestíbulo del aeropuerto no puede ser sino el otro, el que Pessoa escribió bajo el seudónimo de Alvaro de Campos para contarse a sí mismo o a la Lisboa que vivió con ciertas luces de desencanto. Son gemelos, aunque se piense que no, pero Campos es un autopersonaje de Pessoa, está vivo; mientras que el otro, aún ayer ignorado, reposa ahora en el panteón de glorias nacionales. Como se sabe, los poetas mueren y los personajes quedan.

De Campos, poco se conoce. Anduvo la misma Lisboa donde nació y murió Fernando Pessoa (sin que jamás se hubieran encontrado, se supone), se hizo ingeniero naval en Glasgow, viajó (“perdió países”, como dijo él en sus versos) y acabó por establecerse en Durban como director de los astilleros del puerto, o algo así. Dicen que ya entonces era el individuo solitario que siempre fue, alto y solitario como Pessoa, pero de cara afeitada y con monóculo, para distinguirse de sí mismo.

“Mi patria es el lugar donde no estoy”, confesó una vez, muy a solas. Por esa razón, una vez exiliado en Durban, solía encerrarse por la noche en el cuarto del hotel para revivir en versos de poeta secreto la Lisboa que había dejado hacía tantos años. O Rossio, los cafés de la Baixa, el estanco del barrio, todo aquel

I didn't know him save through his poems, but I could have sworn that the man in a raincoat and the sad glasses who has just come out of Lisbon Airport is Alvaro de Campos, the poet, the disguise assumed by Fernando Pessoa during his life. At first glance they are identical, the same hat with the wide band, the same mac, the same short moustache; indeed, the same figure that painters and newspaper illustrators have been wont to repeat ever since Pessoa became a well-known figure of contemporary letters.

But Pessoa departed this world many years ago, and the man crossing the airport hall cannot be anyone except the other, the one Pessoa wrote under the pseudonym Alvaro de Campos to tell himself and Lisbon of his disenchantment. They are twins, though one might not think so, for Campos is a self-portrait of Pessoa—he's alive; while the other, yesterday still unknown, rests in our pantheon of national glories. It's a well known fact that poets die but their characters live on.

Little is known of Campos. He lived in the same Lisbon where Fernando Pessoa lived and died (without, as far as we know, ever having met each other), took a degree in naval engineering in Glasgow, travelled a lot (he “lost” countries, as he said in his verses) and wound up in Durban as shipyard manager or some such. It is said that by then he was already the rather solitary individual he has always been, as tall and as solitary as Pessoa, though clean-shaven and wearing a monocle to distinguish him from himself.

“My homeland is where I'm not”, he once confessed, very much to himself. This is the reason why, exiled in Durban, he would lock himself away in this hotel room at night and recall in the secret poet's verse the Lisbon he had left behind so long ago. Rossio, the



## LISBOA

mundo lejano venía entonces a liberar su soledad porque era fuera del espacio inmediato cuando él sentía la patria como más real.

Años y años de esta escritura nocturna. Y los recuerdos cada vez más exactos y la boca cada vez más quemada de pitillos, y la vista nublándose, peligrosamente. Ahora, el monóculo, ese ornato, había sido sustituido por unas gafas burocráticas que le daban un aire aún más austero, más agudo y, también, más enigmático. Allí, en la costa africana, a la luz de una pantalla mortecina y con insectos fantasmas embistiendo contra los vidrios de la ventana, vivía la plácida Lisboa de las orillas del Tajo que Fernando Pessoa recorría diariamente bajo el seudónimo de Alvaro de Campos, poeta de su invención.

¿Campos, poeta-personaje, poeta inventado? Lo más extraño es que él sólo se dio cuenta de ese misterio tarde, muy tarde: cuando Pessoa, muerto ya y figura nacional, se convirtió en el gran *best-seller* de las letras portuguesas y en una voz admirada en el extranjero. Lo conocía tal vez de una u otra revista, polémicas, cosas sueltas, pero se quedó estupefacto, aturdido, cuando, un día, en el consulado de Durban, tropezó con las *Obras Completas* de Fernando Pessoa, y, peor aún, cuan-

## LISBON

down-town coffee-houses, the corner tobacconist, that whole, far-off world would come back to him to set free his solitude, for it was away from the immediate space that he felt his homeland more vividly.

Year upon year of this nocturnal writing. Recollections ever more precise, his lips increasingly stained by cigarettes, his sight failing, dangerously; now, his monocle gives way to bureaucratic spectacles that make him more austere, sharper and more enigmatic. There, on the coast of Africa, by the light of a subdued lampshade, phantom insects beating against the window, lived placid Lisbon by the Tagus where Fernando Pessoa walked daily under the pseudonym Alvaro de Campos, a poet of his own invention.

Campos, poet-person, poet invented? The curious thing is that he only became aware of this mystery late on, very late on: when Pessoa, then dead and a national figure, became the best-seller of Portuguese letters, a voice acclaimed abroad. He knew him from a magazine or other, polemics, random things, but his heart sank when one day, in the consulate in Durban, he came across the *Complete Works of Fernando Pessoa*, and, worse still, when in this very same collection, he caught sight of a tome entitled *The Poetry of Alvaro de Campos*.

Alvaro de Campos? He a secret writer, expatriate, why was he there in such noble company? Stunned, amazed, he fell upon the book verse by verse and, through amazement, magic, enrapture or whatever, in that

Aturdido, ansioso, cayó sobre el libro verso a verso y en aquel Pessoa consagrado estaba la "Lisboa, Tajo y todo" que él había contado durante noches y noches.



Stunned, amazed, he fell upon the book verse by verse, and in that time-honoured Pessoa was "Lisbon, the Tagus, and everything" that he had recounted during endless nights.

do en esa colección saltó ante su vista un volumen titulado con letras preciosas: *Poesías de Alvaro de Campos*.

¿Alvaro de Campos? El, escritor secreto, expatriado. ¿Por qué allí y en tan noble compañía? Aturdido, ansioso, cayó sobre el libro verso a verso y, asombrosamente, por magia, por delirio, por lo que fuese, en aquel Pessoa consagrado que allí veía estaba la "Lisboa, Tajo y todo" que él había contado durante noches y noches en su cuarto de hotel. Todo, señores, todo. Hasta la prefiguración de su propia muerte:

Mira, Daisy: cuando yo muera, dirás a mis amigos de ahí, de Londres, aunque no lo sientas, que escondes el gran dolor de mi muerte...

Daisy. De ella sí sabía. Una memoria lejana le recordaba un encuentro hacía ya años, en Estoril, con una joven escocesa. Hija de comerciantes de vino de Porto, recordaba ahora. Pero era una figura sin

time-honoured Pessoa whom he saw there before him was "Lisbon, the Tagus, and everything" that he had recounted during endless nights in his hotel room. Everything, gentlemen. Even the prefiguration of his own death:

Look, Daisy: when I die you must tell my friends there in London, although you do not feel it, that you're harbouring great anguish for my death...

Daisy. He knew of her. A far-off memory brought to mind a meeting many years ago, in Estoril, with a young Scots lass. The daughter of port wine traders, he now recalled. But she was a figure without a face, time had wiped out her features. All that was left of her was her name, Daisy, and a mark on her face, a tiny star that gave her a childish irony in the smoothness of her skin. Could it be so?

A meeting lasting an hour, or just a little longer. But the characters created by poets are born with no real time—they sometimes appear out of a sentence, sometimes anyone being aware of the fact, they gain body and soul until they become true. It must have been that way with him: a meeting, a few disjointed sentences and, many years later, in one of

Los personajes de los poetas nacen sin tiempo real y, sin que uno se dé cuenta, van cobrando cuerpo y presencia y hasta acaban por ser verdad.



The characters created by poets are born with no real time and, without anyone being aware of the fact, they gain body and soul until they become true.

his nights of desperation in Durban, he may have got to thinking of death and directed his testament of loneliness to someone whom he had glimpsed in the past as a tiny star hanging in his memory:

Look, Daisy, when I die...

But the Daisy that he remembered was also one of Fernando Pessoa's characters. He found her in the *Complete Works*, verse by verse, just as he also found himself in all the poems that Pessoa had signed Alvaro de Campos. He read them as though just re-reading, as a repetition, an echo of himself retold by someone. He had lost the voice he thought his own: from secret writer, he had become the character created by a poet and, resigned or with the passing of the years, became similar, without realising it, to the poet who had appropriated him. He changed his spectacles, grew a moustache and, old but

rostro, el tiempo había apagado sus facciones. De todo, apenas le había quedado de ella el nombre, Daisy, y una señal en el rostro, como una estrella minúscula que ponía un punto de ironía infantil en la suavidad de la piel. ¿Sería realmente así?

Un encuentro de una hora, poco más. Pero los personajes de los poetas nacen sin tiempo real —a veces vienen de una frase; a veces, de una mirada— y, sin que uno se dé cuenta, van cobrando cuerpo y presencia y hasta acaban por ser verdad. Con él debe de haber ocurrido eso, un encuentro, unas frases desgarradas y, muchos años después, en una de sus noches de desesperación de Durban, tal vez se le haya ocurrido pensar en la muerte y haya dirigido su testamento de soledad a alguien a quien entrevió en el pasado como una estrella minúscula suspendida en la memoria:

Mira, Daisy: cuando yo muera...

Pero esa Daisy que él había recordado era también un personaje de Fernando Pessoa. La encontró en las *Obras Completas*, verso a verso, como se encontró también a sí mismo en todos los poemas que Fernando Pessoa había firmado con el nombre de Alvaro de Campos. Los leía como si sólo relevara, como una repetición, un eco de sí mismo contado por alguien. Había perdido la voz que creía suya; de escritor secreto había pasado a ser personaje de poeta y resignado, o con el correr de los años, se fue pareciendo, sin darse cuenta, al autor que de él se había apropiado. Cambió de gafas, se dejó crecer el bigote y, viejo ya pero no inclinado, usaba la misma pa-

jarita que el Maestro en algunas fotografías.

Escribir más, no. Se quedó allí. Para él, Alvaro de Campos, la Patria ya no era el "lugar donde no estuviera", porque alguien, viviendo en ella, la había descubierto sin distancias y con la misma alma con que él la había descrito. No. Ahora querría saber cuál era la parte del personaje que le correspondía a él en un escritor que había muerto en gloria, y regresaba a Lisboa para confirmar en la realidad los versos que ambos habían escrito.

Llevaba un nombre en la cabeza: Daisy. Esa sí era un personaje de él, pero, ¿habría nacido también en Fernando Pessoa? ¿La habría conocido por una referencia casual o en un encuentro, como él, a orillas del mar? Aún más: ¿estaría aún viva, o se habría perdido por aquellas brumas de la Highland como un hada conducida por una estrella de la infancia?

Viejo, vestido de Fernando Pessoa, Alvaro de Campos empezó a recorrer la ciudad que había dejado hacía tantos años. No era un personaje en busca del autor, porque a ése lo encontraba en todas partes, en los escaparates de las librerías, en las estatuas de bronce, en los anuncios del metro, en las ceremonias del mundillo cultural. Era, sí, un personaje en busca de otro

still unbent, used the same bow-tie seen in several photographs of the Master.

He would write no more. He remained in those parts. For him, Alvaro de Campos, the homeland was no longer "a place where he was not", because someone who lived there had discovered it without the distance and with the same soul with which he himself had described it. No. Now he wanted to know what character part was reserved for him by a writer who had died in glory, and he would return to Lisbon to confirm in real life the verses that both had written.

He kept a name inside his head: Daisy. She really was his own character, but was she also born of Fernando Pessoa? Had he come to know her as a chance reference or in a meeting, with him, by the sea? More: would she still be alive or had she been lost in those Highland mists as a fairy guided by a childhood star?

Old, dressed as Fernando Pessoa, Alvaro de Campos began to wander through the city he had left so many years ago. He was not a character in search of an author, for he found the author at every turning: in shop-windows, in bookshops, in bronze statues, on the tile panels of the underground, in cultural worldliness. He was, rather, a character in search of another character in a city of a million inhabitants. Daisy, as it so happened.

It is said that solitary poets have a guardian angel to guide their steps. A grey, taciturn angel, though a most patient one. And Alvaro de Campos' angel, after taking him to the British Embassy, to the Royal British Club and

## LISBOA

personaje en una ciudad de un millón de habitantes. Daisy, en este caso.

Dicen que los poetas solitarios tienen un ángel de la guarda que guía sus pasos. Un ángel ceniciento, taciturno, pero paciente. Y el de Alvaro de Campos, después de llevarlo a la embajada británica, al Club Inglés y al Instituto del Vino de Porto, lo llevó a una *boutique* elegante de novias y ajuares de una avenida de la Lisboa nueva. Allí desapareció, y lo dejó ante un escaparate de velos y de guirnaldas iluminado de albor y de felicidad.

Fue al sol del mediodía, en un infierno de tráfico y de comercio, y él allí, ante maniqués vestidos de tules y de encajes, sin atreverse a penetrar en aquel mundo de figuras paradas en el tiempo. A la puerta, exactamente a sus pies, estaba una palabra inconfundible grabada en losas de granito en el empedrado de la acera: Daisy. Y eso era como una confirmación del destino, un final de viaje. Pero, incluso así, seguía inmóvil, posado sobre aquella palabra.

Lisboa ha sido siempre una ciudad de aceras ilustradas con figuras y ornatos en piedrecillas multicolores compuestas por obreros de martillito sagaz. Son ellos quienes diseñan y escriben el suelo que pisamos todos los días. Pero este grafismo

## LISBON

to the Port Wine Institute, led him to a rather elegant trousseau boutique catering to brides, in an avenue in the newer part of Lisbon. Here the angel departed, leaving him before a window filled with veils and garlands, lit up with whiteness and happiness.

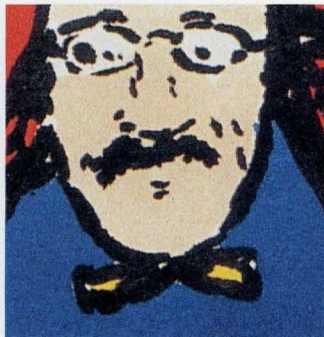
It was the time of the midday sun, in the thick of traffic and trade, and he stood in front of dummies dressed in tulle and lace, afraid to step into that world of figures frozen in time. In the doorway, right by his feet, there was an unmistakable word, carved from pieces of granite set into the stone of the pavement: *Daisy*. It was as though it were the confirmation of destiny, the end of a voyage. Even so, there he stood, motionless, poised over that word.

Lisbon was always a city of pavements illustrated with figures and ornaments in coloured stones, composed by men with wise little hammers. It is they who draw and write on the pavements that we tread each day. But this writing on the pavement –*Daisy*– at Alvaro de Campos' feet, was a signature.

And then she suddenly appeared. Daisy, without the slightest doubt. She appeared in the window, arranging a dummy standing between mantles and veils, and though marked by age, she still had the tiny star on her face which made her endure for ever.

Daisy. A man looks through a glass at a dream, a recollection, but all of a sudden he is discovered, regarded with such intensity and surprise that he is even less capable of stepping off

“Había perdido la voz que creía suya; de escritor secreto había pasado a ser personaje de poeta y con el correr de los años se fue pareciendo al autor que de él se había apropiado.”



“He had lost the voice he thought his own: from secret writer, he had become the character created by a poet, and with the passing of the years became similar to the poet who had appropriated him.”

–Daisy– a los pies de Alvaro de Campos valía como una firma.

Y he ahí que, de repente, apareció ella. Daisy, no había duda. Surgió en el escaparate para dar un toque a un maniquí entre mantos y velos y, aunque marcada por la edad, seguía con aquella estrellita en el rostro haciéndola perdurar para siempre.

Daisy. Un hombre mira a través de un cristal un sueño, un recuerdo, pero, en un momento dado, se ve descubierto, mirado con tal asombro y tanta intensidad que queda aún más fijado en la palabra que tiene bajo sus pies grabada en piedra dura.

Pero no fue a Campos a quien Daisy vio, no. Asombrada, creía estar viendo a Fernando Pessoa tal como le conocía de las fotografías públicas, y no al Alvaro de Campos de monóculo con quien una tarde había hablado en Estoril. No, a Pessoa nunca lo había encontrado, y lo sentía. Sabía que él le había escrito un sone-

that word engraved in hard stone beneath his feet.

It was not Campos that Daisy saw, however. In her amazement she thought she had a vision of Fernando Pessoa, just as she knew him in photographs, and not Alvaro de Campos with his monocle, with whom she had spoken one afternoon in Estoril. No, she had never met Pessoa and she was sorry. She knew he had written a famous sonnet under the pseudonym Alvaro de Campos (that was common knowledge, it appeared in the *Complete Works*, and the name of the boutique itself was, as it were, a tribute, repayment by her for this gesture) but, quite frankly, she had never thought that a pseudonym might represent a character in real life –Alvaro de Campos who was standing there before her.

“Pseudonyms are always real-life characters”, he murmured, almost in fear.

Two elegant old people, two solitary figures linked by the memory of a poet whom, after all, neither had known except through his writings. They strolled through Lisbon illuminated by the Tagus and sometimes smiled at themselves as though hearing Pessoa in one of his *English Poems*:

“Even ye, now old, that to this come as to your past...”

Every afternoon, or nearly so, they walked up to Chiado Square, which boasts the statue of the Poet, seated at a sidewalk café. Dressed in hat and raincoat (just like Alvaro de Campos), he seemed indifferent to the city, gazing out over the river. As though he were saying “my homeland is where I am

“Todas las tardes subían por el Chiado, donde estaba la estatua del Poeta sentado en la terraza de un café. Con sombrero y gabardina parecía indiferente a la ciudad.”

to célebre bajo el seudónimo de Alvaro de Campos (eso era ya algo más que público, venía en las *Obras Completas*, y el mismo nombre de la *boutique* representaba, digamos, un homenaje, una retribución por parte de ella a aquel gesto), pero, para ser franca, nunca había pensado que un seudónimo correspondiera a una figura real: el Alvaro de Campos que estaba allí, ante ella.

“Los seudónimos son siempre figuras reales”, murmuró él, casi con miedo.

Dos viejos elegantes, dos solitarios unidos por la memoria de un poeta a quien, en definitiva, ninguno de ellos había conocido a no ser por su obra. Paseaban por una Lisboa iluminada por el Tajo, y a veces sonreían de sí mismos como si oyeran a Pessoa en uno de sus poemas ingleses:

“Even ye, now old, that to this  
come as to  
Your past...” (1)

Todas las tardes, o casi todas, subían por el Chiado, donde estaba la estatua del Poeta sentado en la terraza de un café. Con sombrero y gabardina (como Alvaro de Campos) parecía indiferente a la ciudad, mirando en dirección al río. Como si dijera “mi patria es donde no estoy”, pensó Campos, citándose a sí mismo.

Después, era infalible, bajaban al Cais das Colunas y pasaban horas y horas en un bar del pontón de los *ferry-boats* que atravesaban el Tajo. Se sentaban casi sobre el río, separados de él por una vidriera cruzada por bandadas de gaviotas que les salían de los pies en un baile desordenado. Tenían la ciudad a sus espaldas y, ante ellos, un horizonte de alas, y eso los hacía más silenciosos y más próximos el uno al otro.



“Every afternoon they walked up to Chiado Square, which boasts the statue of the poet seated at a sidewalk café. Dressed in hat and raincoat, he seemed indifferent to the city.”

not”, thought Campos, quoting himself.

It was inevitable that they should then wander down to the river at Black Horse Square where they would spend hours at a bar by the ferry boat station where the boats left to cross the Tagus. There they sat, almost on the river, separated from it by a piece of glass in front of which crossed flocks of seagulls that rose up from under their feet in an ungainly dance. The city lay at their backs and in front of them a horizon of wings made them more silent and more aware of each other.

Good times, those of this

Tiempo bueno el de aquella soledad. Tiempo mejor aún, contaba Alvaro de Campos, aquel en el que los viejos navegantes veían desde allí, a ojo desnudo, el Promontorio de Lua y soñaban con él hasta en las selvas del Nuevo Mundo. Tiempo de dioses y de mitos en el que las arenas del río llevaban oro, y en el que había praderíos celestes donde las yeguas eran fecundadas por el viento. Tiempo de tritones de fuego, ¿lo sabías?, preguntaba Campos, vuelto hacia las gaviotas.

Daisy sonreía y, con suavidad ausente, respondía siempre lo mismo:

“And here, memory or statue, we shall stand...” (2)

Era otro verso de los *Poemas Ingleses*, de Fernando Pessoa. Pessoa estaba siempre entre ellos, porque un autor está siempre entre los personajes, ¿no es verdad?

Tal vez fuese por eso por lo que una tarde decidieron hacerse una fotografía junto a la estatua del Poeta. Los tres en la misma mesa, con él en medio, como hacen los turistas en registro de despedida.

Pero, cuando revelaron el rollo, no apareció más que la estatua de Pessoa. A un lado y otro las sillas de Daisy y de Campos estaban vacías, desenfocadas por una mancha de humo desvanecido que recordaba las fotografías antiguas. ■

© José Cardoso Pires, 1994

(1) “Y hasta vosotros, ya viejos, que venís a esto como un pasado vuestro...”

(2) “Y nosotros, memoria o estatua, quedaremos aquí para siempre...”

solitude. Even better times were those, said Alvaro de Campos, in which the sailors of old saw from this very spot with their naked eyes the Promontory of the Moon and dreamt of it until reaching the forests of the New World. A time of gods and myths when the sand from the river carried gold, and when there were heavenly pastures where mares were impregnated by the wind. “A time of tritons of fire, did you know?”, asked Campos, turning towards the gulls.

Daisy smiled and, with and absent air, replied, as ever:

“And here, memory or statue, we shall stand...”

It was another verse from the *English Poems*, by Fernando Pessoa. Pessoa always stood between them, because an author always stands amid his characters, doesn't he?

Perhaps because of this, they decided one day to take a photograph together next to the Poet's statue. All three at the same table, Pessoa in the middle, just like tourists recording their departure.

When they had the roll developed, however, only Pessoa's statue appeared. On either side, Daisy's and Campos's chairs stood empty, fogged by a wispy cloud reminiscent of old photographs. ■

© José Cardoso Pires, 1994